

«LA NUEVA CIENCIA»
Páginas selectas traducidas de la
***Historia de la literatura italiana* (1870)**

FRANCESCO DE SANCTIS
(1817-1883)

[FRANCESCO DE SANCTIS, *Storia della letteratura italiana*, Nápoles, Domenico Morano / Antonio Morano, 1870, 2 vols.; II, cap. XIX «La nuova Scienza», pp. 267-380.]

Traducción del italiano y nota a cargo de
José Manuel Sevilla Fernández
(Universidad de Sevilla)

RESUMEN: Traducción al castellano del cap. XIX del vol. II de la *Storia della letteratura italiana* (Nápoles, Morano, 1870) titulado «La nueva Ciencia», del historiador y pensador Francesco De Sanctis (1817-1883), que están dedicadas expresamente a Giambattista Vico. Traducción con una «Nota» de José M. Sevilla.

PALABRAS CLAVE: G. Vico, F. De Sanctis, J.M. Sevilla Fernández, *Storia della letteratura italiana* (1870), historiografía, arte, filosofía, hegelianismo.

ABSTRACT: Spanish translation of chapter XIX, vol. II of the *Storia della letteratura italiana* (Naples, Morano, 1870), entitled «The new Science», by the historian and thinker Francesco De Sanctis (1817-1883), expressly devoted to Giambattista Vico. Translation with a «Note» by José M. Sevilla.

KEYWORDS: G. Vico, F. De Sanctis, J.M. Sevilla Fernández, *Storia della letteratura italiana* (1870), historiography, art, philosophy, Hegelianism.

El texto del capítulo ha sido traducido directamente de la *Storia della letteratura italiana* de F. De Sanctis (a partir de la primera edición de 1870, v. II, pp. 267-380) para su publicación en la revista *Cuadernos sobre Vico*. La obra original es de DOMINIO PÚBLICO. Ha sido digitalizada por Google en su proyecto de digitalización de materiales de dominio público cuyos derechos ya han expirado. <http://books.google.com>.

Más que por pares ciegos, las páginas de De Sanctis sobre Vico han pasado la revisión crítica e histórica de estudios históricos, filosóficos y literarios durante un siglo y medio, constituyendo su obra uno de los referentes de la cultura universal y un modelo de crítica histórica.

STORIA
DELLA
LETTERATURA ITALIANA

DI
FRANCESCO DE SANCTIS

VOLUME SECONDO

NAPOLI

PRESSO

DOMENICO MORANO

Strada Quercia, 14.

ANTONIO MORANO

Strada Toledo, 103.

1870.

UNA NOTA
en torno a
«LA NUEVA CIENCIA». Páginas selectas traducidas de la
***Historia de la literatura italiana* (1870), de Francesco De Sanctis**

José M. Sevilla
(Universidad de Sevilla)

No cabe duda de que, como obra cumbre de la crítica histórica y literaria, pocas *Historias* pueden parangonarse a la desanctisiana «Historia de la Literatura Italiana», que vió la luz blanquiazul de Nápoles entre 1870 y siguiente. Obra para la grandeza de una Italia unificada y para la cultivada lengua italiana devenida desde las letras toscanas de los Dante y los Petrarca. No atrae únicamente el rigor de la crítica histórica y el arroyo de erudición constante que fluye de la *Storia della Letteratura Italiana*, sino que de la narración de esa *storia* emana un intrínseco placer literario que anima el goce de la lectura. En lo que se refiere al movimiento filosófico, y en relación con la configuración de una neta tradición napolitana historiográfica e historicista (que transita del historicismo absoluto de raigambre hegeliana hasta el historicismo problemático de significación viquiana), hay un nexo común en la peculiar y característica historiografía filosófica sureña, meridional, napolitana, y esa peculiaridad que define y distingue al napolitano de otros historicismos norteños justamente es Vico. Es decir, la afirmación de la tradición *viquista* del pensamiento filosófico y del *curso* viquiano de la filosofía (y a

continuación del «nuevo curso», como dice Tessitore, implicado en los estudios viquianos a partir de 1971, con Piovani y el programa del *Bollettino*). Lo hemos dicho en la Presentación del texto de Croce impreso en las páginas de este mismo volumen de la revista, por lo que remitimos a ellas, algunas atrás. La Historia de la filosofía y de la literatura italianas, la historia de la cultura moderna no habría sido tan estimulante y resplandeciente sin Vico y, por ende, sin el faro filosófico meridional, cuyo haz de luz proyecta hegelista De Sanctis hasta, una vez *desanctisado*, conducirse ese resplandor viquista por el marxismo de Labriola y de Gramsci y más aún por el liberalismo de Croce —incluso por el conservadurismo, finalmente extremo, de Gentile—, hasta iluminar hoy las costas filosóficas y culturales de pensadores-historiadores de la estirpe piovaniana en Nápoles, como Tessitore, Cacciatore, Nuzzo, Lomonaco, Sanna, y un largo etcétera de estudiosos e investigadores.

De la inmensa y excelente bibliografía sobre el pensamiento filosófico de Francesco De Sanctis, citaremos tan solo tres selectos estudios italianos (napolitanos, para más peso, compatriotas de Vico), algunos emergidos al calor del centenario desanctisiano. Son los siguientes: 1º) los textos de Benedetto Croce, *Scritti su Francesco De Sanctis*, a cargo de T. Tagliaferri y F. Tessitore (Nápoles, Giannini Editore, 2007), volúmenes editados por la Società Nazionale di Scienze, Lettere e Arti en su colección de «Fonti e ricerche per la storia sociale e culturale del Mezzogiorno d'Italia»; 2º) el volumen de Fulvio Tessitore, *La filosofia di Francesco De Sanctis* (Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2019; en Storia e Letteratura – Raccolta di Studi e testi, 311); y 3º) el opúsculo con el texto de una conferencia de Fabrizio Lomonaco, *Il vichismo di Francesco De Sanctis* (Nápoles, Giannini Editore, 2017; Desanctisiana, n. 4), publicado en la colección a cargo de Domenico Conte y Fulvio Tessitore (que también presentan el bello volumen de Lomonaco) y auspiciada por la Società Nazionale di Scienze, Lettere e Arti y por la Accademia Pontaniana.

En la recopilación de catorce escritos de Tessitore sobre De Sanctis —volumen que constituye otro peldaño más en la sólida y fructífera aportación de los *Contributi* a la teoría y la historia del historicismo—, el maestro de la Escuela Historicista napolitana lleva a cabo una «reconstrucción crítica» del pensamiento desanctisiano considerándolo desde el punto de vista de la *relectura* que, a través de Manzoni y de Leopardi, De Sanctis realiza de la tradición napolitana historiográfica y filosófica no-metafísica de los siglos XVIII

y XIX, desde Vico hasta Cuoco. En interpretación de Tessitore, y siguiendo la consideración croceana de que De Sanctis es «un verdadero filósofo», no hay duda de que estamos ante «un auténtico filósofo» —al que, como ya nos anuncia el autor en su Prefacio, hay que apreciar como filósofo problematista-crítico y no, en cambio, sistemático—. Se habla de un «filósofo historiador», al que no hay que confundir con un «historiador filosófico». De los catorce escritos recopilados por Tessitore, destacamos —además de los más esencialmente dedicados a historicismo— el centrado en «*La Storia della letteratura italiana*» (pp. 97-130), obra desanctisiana que, para Tessitore, traza la *intrahistoria* —por usar la expresión unamuniana— de la cultura italiana; y aquel otro que parangona a «Croce e De Sanctis» (pp. 387-423). Y aunque Vico tiene, como era de esperar, una presencia permanente en todo el volumen, muestra un mayor asentamiento en las páginas de los ensayos dedicados a «*La scienza e la vita*» (pp. 189-202) y a «*Le Lezioni sulla letteratura italiana del secolo XIX*» (pp. 203-286), así como en la Parte II del segundo escrito, titulado «Settembrini, De Sanctis, Spaventa» (pp. 303-320).

Por su parte, la disertación de Lomonaco, acogida en poco más de una veintena de páginas cuidadosamente impresas, ofrece un recorrido por algunos lugares del viquismo (en compensación pero también en contraste con el hegelismo) desanctisiano a través de un relato bien estructurado acerca de la fortuna de Vico dentro de la maquinaria crítico-literaria de De Sanctis. Un relato lleno de erudición y datos, como acostumbra Lomonaco, que además de desbrozar y limpiar un camino historiado de autores con paradas y fondas en Vico, nos ofrece también un desvelamiento de la «matriz viquiana» que De Sanctis advierte en la «lógica de la historia» y que, además, impulsa la comprensión de la sucesión de géneros literarios, fundamental en la crítica-literaria. Sin embargo, uno de los aspectos que más interesa destacar es, como hemos mencionado ya, la *compensación* ejercida por el viquismo sobre el hegelismo, en el que De Sanctis busca su vertiente más historicista y menos espiritualista. Como advierte Lomonaco:

Al filósofo de la *Ciencia Nueva* le es atribuido el descubrimiento del “principio social o histórico” desde el que se mueve la “escuela histórica”. La “filosofía de la crítica” llega a ser la brújula del tratamiento orientado a la llegada al puerto hegeliano, al “más grande monumento de crítica, que haya hoy, y que pueda responder a la idea, que debemos formarnos del arte”. De Hegel intenta De Sanctis enfatizar el aspecto historicista, la delineación de la historia del arte y la evolución de sus

tres momentos (el simbólico, el clásico y el romántico), resistiéndose a la dimensión vertical de la dialéctica del espíritu que subordina el arte a la filosofía (la “muerte del arte”) e insistiendo, en cambio, en la recíproca autonomía de ambos.¹

Son distintos los momentos matriciales de Vico que recorre Lomonaco en relación con las gestaciones críticas desanctisianas a lo largo de la vida del historiador y crítico literario, mas al llegar a la *Storia della letteratura italiana* de 1870 no hay duda de que se muestra convencido de la idea de *hacer historia de la historia*, o sea, «nueva Ciencia»; y de la fusión de teoría y praxis que se erige en clave de modernidad (y corrobora el proyecto de Vico de una «Pratica della scienza nuova»). Y ahí se muestra la originalidad y novedad del capítulo que hemos traducido: «La nueva Ciencia».

La “nueva ciencia” es el penúltimo capítulo de la obra que se corresponde con un nuevo modo de entender la vida y las posibilidades de una futura renovación social y moral. Y, bien visto, Vico es el último exponente de un mundo decaído y el primer anticipador de la modernidad. La fuerza o, mejor, su originalidad están en el escrupuloso examen del presente y en el equilibrado discernimiento de lo caduco y de lo eterno; [...]. “Para rehacer la sociedad no basta con condenarla; hace falta estudiarla y comprenderla”. En consecuencia, la raíz de la historia no coincide con la conciencia individual, sino con el “género humano”, con la “razón viviente”, verdadera y propia filosofía de la autoridad en la que De Sanctis identificaba el éxito de la convergencia de las prerrogativas del intelecto con las necesidades de la voluntad, las exigencias de la filosofía con las experiencias de la filología.²

El texto que hemos traducido al castellano, y que aquí estamos presentando, corresponde al capítulo diecinueve del segundo volumen de la *Storia della letteratura italiana* de De Sanctis, tomándolo de la primera edición napolitana en 1870.³ En nuestra traducción figuran entre corchetes y en cuerpo menor los números de página correspondientes a esta edición (1870), texto base tomado para la traducción de las páginas 339-364.

1. F. LOMONACO, *Il vichismo di Francesco De Sanctis*, Nápoles, Giannini Editore, 2017, p. 9.

2. *Ib.*, pp. 20-21.

3. FRANCESCO DE SANCTIS, *Storia della letteratura italiana*, Nápoles, Domenico Morano - Antonio Morano, 1870, 2 vols.; II, cap. XIX «La nuova Scienza», pp. 267-380. Traducción de las pp. 339-364.

El autor lo dedica en una primera parte principalmente a Bruno, algo a Campanella y menos a Galileo. Y luego a Vico, que son las páginas del capítulo aquí seleccionadas. Lo que se puede leer a continuación, para que ya inmediatamente finalicemos, tiene un eco posthegeliano en la Filosofía del Espíritu. Hasta el punto de que puede concluirse con De Sanctis, en su capítulo XX «La nueva literatura», citando la página 469 del volumen segundo de la edición manejada, que:

El espíritu tiene sus leyes, como la naturaleza; la historia del mundo es su historia, es lógica viva, y se puede determinar *a priori*. Religión, arte, filosofía, derecho, son manifestaciones del espíritu, momentos de su explicación. Nada se repite, nada muere; todo se transforma en un progreso continuo, que es el espiritualizarse de la idea, una conciencia siempre más clara de sí, una mayor realidad.

En estas ideas codificadas de Hegel se recuerda a Maquiavelo, Bruno, Campanella, y sobre todo a Vico. Pero un Vico *a priori*. Aquellas leyes que él extraía de los hechos sociales, ahora se encuentran *a priori* en la naturaleza misma del espíritu. Nace un apéndice de la *Ciencia Nueva*, su metafísica bajo el nombre de Lógica, comparecen verdaderas teogonías, o epopeyas filosóficas, con sus ramificaciones. Tiene la filosofía de las religiones, la historia de la filosofía, la filosofía del arte, la filosofía del derecho, la filosofía de la historia, iluminadas por el astro mayor, la Lógica, o, como dice Vico, la metafísica. Todo el contenido científico se ha renovado. Y no solo en el orden moral, sino también en el orden físico. Tiene tanto una filosofía de la naturaleza, como una filosofía del espíritu. Sin embargo, no son más que una sola y misma filosofía, momentos de la Idea en su manifestación.

* * *



Grabado de F. De Sanctis obra —firmada en la solapa del busto— del litógrafo e ilustrador milanés AMBROGIO CENTENARI (1845-1916) en *L'illustrazione popolare*, Fratelli Treves Editori, Milán, 1884, vol. XXI, n. 2 (13 enero 1884), p. 28. Grabado original sobre fondo color sepia; virado a b/n por motivos de edición en *Cuadernos sobre Vico*. En el mismo número de la revista de 1884 hay una primera entrega del ensayo de De Sanctis «La merina di Giacomo Leopardi» (pp. 22 y 26) y una columna de la revista rememorando la figura biográfica del «Estinto ilustre» (p. 22, col. 3). Obra de DOMINIO PÚBLICO. Volumen de la revista digitalizado por Google.

«LA NUEVA CIENCIA»
Páginas selectas traducidas de la
Historia de la literatura italiana (1870)»

Francesco De Sanctis
(1817-1883)

[FRANCESCO DE SANCTIS, *Storia della letteratura italiana*, Nápoles, Domenico Morano / Antonio Morano, 1870, 2 vols.; II, cap. XIX, «La nuova Scienza», pp. 267-380. Traducción al castellano de las pp. 339-364. Obra de DOMINIO PÚBLICO.]

[339]

La inferioridad intelectual de los italianos era ya un hecho conocido en la Europa docta, y atribuían la razón de ello al mal gobierno papal-español. Los mismos italianos habían tomado ahora conciencia de su decadencia, y no estando ya acostumbrados a pensar con cabeza propia, atendían con avidez las ideas ultramontanas, y mendigaban elogios a los forasteros. Juan Le Clerc escribía anualmente en su Biblioteca una especie de inventario razonado sobre obras nuevas. ¿Y qué afortunado italiano era el que podía tener un pequeño lugar allí dentro? La lengua francesa se había hecho común y tomaba el puesto de la latina. Fue un movimiento de importación lento, e impedi-

do por muchos obstáculos, además de vivamente combatido en las academias y en las escuelas, donde reinaban Suárez y Álvarez entre intérpretes y comentadores. La física de Descartes penetró en Nápoles setenta años después de su muerte, cuando ya había sido olvidada en Francia, y no se tenía aún noticia de su Método ni de sus Meditaciones. Grocio circulaba por las manos de unos pocos. De Spinoza y de Hobbes su solo nombre despertaba horror. De Juan Locke, apenas una pista. Un movimiento se anunciaba en los espíritus, esa vaga sensación de necesidad de aventuras, que testimonia el retorno de la vida. [340] Parecía que el cerebro se despertase tras un largo sueño. Los Renatistas penetraban en las escuelas con sus estrepitosos métodos, como los llamaba Vico, promotores de ciencia fácil y segura. Definiciones, axiomas, problemas, teoremas, escolios, postulados expulsaban de sus sedes a silogismos, entimemas y sorites. Al *quod erat demonstrandum* sucedía el *ergo*. Llamaban pedantes a los peripatéticos, y éstos los llamaban a ellos charlatanes. Siempre igual. Lo viejo es la pedantería, y lo nuevo la charlatanería. Y hay algo de verdad en ello. Porque lo viejo en su decrepitud y estancamiento tiene algo de pedante; y lo nuevo en su juvenil exageración tiene algo de charlatán. Cada uno de ellos tiene su lado débil, que no puede ser escondido al ojo oculto y apasionado del adversario.

La reforma cartesiana en Italia no produjo ningún producto científico serio, como ocurre con cualquier ciencia importada en vez de salida de una lenta elaboración del espíritu nacional. Fue útil como medio de difusión de las nuevas ideas. Expulsadas de Italia con hogueras, con los exilios, con las torturas y con los cuchillos, entraron de nuevo bajo la protección de las ideas cristianas. La reforma fue llamada *platonismo cartesiano*, y tenía aire de volver a bendecir la religión en nombre de la filosofía. Ante ese rápido movimiento de ideas, la inquisición, preocupada por su abierto enemigo Spinoza, dejaba pasar al nuevo Platón que, al menos, no tocaba los dogmas. Los peripatéticos invocaron la inquisición contra los novatores, y los novatores respondieron proclamando a Aristóteles enemigo de la religión. Así, el movimiento comenzaba en Italia con el permiso, o al menos la tolerancia, de Roma. Y era un movimiento arcádico, confinado en las abstracciones y respetuoso hacia todas las instituciones. El movimiento permanecía superficial, pero se difundía, ganaba ánimos hacia las novedades, superaba a los peripatéticos, se infiltraba en la nueva generación, la poseía en comunión con Europa, y preparaba la transformación del espíritu nacional.

El movimiento científico serio salió de allí donde se había [341] detenido, del seno mismo de la erudición. El estudio del pasado era como una gimnasia intelectual donde el espíritu recuperaba sus fuerzas. A las colecciones sucedieron las ilustraciones. Y se desarrolló un espíritu de investigación, de observación, de comparación, del que se originaba naturalmente la duda y la discusión. El nuevo espíritu perseguía a los eruditos entre los antiguos monumentos. Ya no eran simplemente eruditos, eran ya críticos. En Europa la crítica surgió del libre examen y de la rebelión; eran cosa herética. En Italia era, en cambio, parte de Arcadia, un ejercicio intelectual sobre el pasado, y se les dejaba hacer. El crítico de Europa era Bayle; el crítico de Italia era Muratori. Sus vastas y diligentes recopilaciones *Rerum italicarum scriptores*, *Antiquitates medii aevi*, *Annali d'Italia*, *Novus Thesaurus Inscriptionum*, la *Verona illustrata* y la *Storia diplomatica* de Escipión Maffei, las ilustraciones de Fabbretti, marcan este periodo donde la ciencia es aún erudición, y en donde en la erudición se desarrolla la crítica. Todavía no es filosofía, pero está ya en buen camino, fortificado por la diligencia de la investigación y por la paciencia de la observación. Muratori está muy cercano a Galileo por su espíritu positivo y modesto, por su justo criterio. Y porque también él se atrevió. Osó combatir el poder temporal, osó poner en guardia a los italianos contra los errores y las ilusiones de la fantasía. Si no le cayó una condena fue por la inteligente tolerancia de Benedicto XIV, quien dijo que *las obras de los grandes hombres no se prohíben*, y que *la cuestión del poder temporal no era materia dogmática ni de disciplina*. También Maffei le pareció incrédulo a Tartarotti, porque negaba la magia, y le pareció herético al padre Concina porque escribió *De' teatri antichi e moderni*; mas aquel buen Papa decretó que *no se debían abolir los teatros, si bien tratar de buscar que las representaciones sean lo más honestas y probables posible*. La Italia papal era más papista que el Papa.

Un Arcade fue también Juan Vicente Gravina, todo él Grecia y Roma, todo Papado e Imperio, entre textos y comentarios, de espaldas a Europa. Dogmático y absolutista, [342] sentencia y discute poco, con estilo monótono y plúmbeo. Es el pedante italiano todavía, sepultado bajo el peso de su doctrina, sin inspiración ni originalidad, y vacío tanto de sentimiento como de imaginación. Sin embargo, se siente que estamos ya hacia el final del siglo. Ya no tenemos delante al erudito que recoge y discute textos, sino al crítico que se vale de la historia y de la filosofía para ilustrar la jurisprudencia, que se eleva hacia un concepto del derecho para buscar en él el principio gene-

rador. Incluso su *Ragion poetica*, que si bien no muestra gusto y sentimiento por el arte no es por culpa suya, se sale de los límites empíricos de la pura erudición y ofrece reflexiones de carácter general.

He aquí otro hombre de ingenio, el veronés Francisco Bianchini. ¿En qué piensa este? Piensa en los asirios, medos y troyanos. No recopila, sino que piensa, es decir, escruta, coteja, enjuicia, conjetura, pretexto y construye. Los monumentos no siguen siendo más letra muerta; hablan, ilustran la cronología y la historia. Por medio de éstos se establecen las fechas, las épocas, las costumbres, los pensamientos, los símbolos, se remonta uno hasta el mundo prehistórico; en esta geología de la historia los hechos y los hombres se confunden, se estrechan, se convierten en fábulas, y las fábulas llegan a ser ideas. Su historia apareció en 1697. Vico tenía veintinueve años.

La erudición generó, por tanto, la crítica. En Italia se despertaba el sentido histórico y el sentido crítico. Y se despertaba no desde lo vivo, sino desde lo muerto, en el estudio del pasado. Este era el carácter de su progreso científico. Quienes se ocupaban por su cuenta del presente, eran cerebros desplazados. Y entre esos extravagantes cerebros estaba el milanés Gregorio Leti, que sacó a la luz la crónica escandalosa de la época con un estilo que quiere ser europeo y no es italiano; y también Ferrante Pallavicino en su *Corriere svaligiato*, una especie de sátira *omnibus*, donde hay para todos. En aquel vacío de la inteligencia desperdiciaron el ingenio en argumentos grotescos, y en formas que aparentemente ingeniosas [343] eran sin embargo chistosos juegos de palabras, un *seicentismo* arcádico. El canónigo Garzoni escribió el *Teatro de' cervelli mondani*, el *Ospedale de' pazzi incurabili*, la *Sinagoga degl' ignoranti*, el *Serraglio degli stupori del mondo*.¹ Son discursos académicos, cargados de indigesta erudición, más curiosa que sosa; los cuales eran la verdadera plaga de Italia, que atestaban una cultura verbosa y pedante, sin seriedad alguna de propósito ni de medios. El más conocido de estos doctos, de los que había muchísimos, es Antón María Salvini, de seso desordenado, corazón flaco y pobre imaginación, una vida vacía. Y quiso traducir a Homero.

En medio de tanta erudición crecía Vico. Estudió la filosofía en Suárez, la gramática en Álvarez, el derecho en Vulteio. Pedagogo en casa de los Rocca, en Vatolla, un pueblecito del Cilento, se encerró durante nueve

1. «Teatro de los cerebros mundanos»; «Hospital de locos incurables»; «Sinagoga de los ignorantes»; «Serrallo de los estupores del mundo». [N. del T.]

años en la biblioteca del convento, y allí se formó como Campanella. Cuando, completado su trabajo, regresó a Nápoles, era ya un hombre culto, como podía serlo un italiano, y hubo muchos entre los jesuitas. Era el tiempo de Muratori, Fontanini, el Abate Conti, Maffei, Salvini. Doctísimo, muy erudito era Leonardo de Capua, y Tomás Cornelio era gran latinista: así lo califica Vico, el cual conocía a fondo el mundo griego y latino, Aristóteles y Platón con todas sus interpretaciones hasta ese tiempo; admiraba del *cinquecento* [s. XVI] ese mismo mundo revivido por los Ficino, los Pico, los Mateo Acquaviva, los Patrizi, los Piccolomini, los Mazzoni; gran experto en literatura, arqueología, jurisprudencia; si el Medioevo lo había juntado con la Escolástica y con Aristóteles, el *cinquecento* con Platón y Cicerón; de los acontecimientos europeos sabía cuanto era posible en Italia. Era un docto de la Renovación, que se sacudió el polvo del Medioevo y buscaba la vida y la verdad del mundo antiguo. Su saber era erudición, la forma de su pensamiento era latina, y su contenido normal era el derecho romano. Abogado sin clientes, ejerció de literato y de maestro de escuela. Ya habían pasado [344] los tiempos de Pedro Aretino. La literatura sin la enseñanza estaba pobre y desnuda, como la filosofía. Iba por las casas enseñando, y según la ocasión, o a demanda, hacía canciones, disertaciones, oraciones, biografías. Lo conoció don José Lucina, *hombre de una inmensa erudición griega, latina y toscana en todas las especies del saber humano y divino*, y se lo dio a conocer a don Nicolás Caravita, un preeminente abogado y *gran favorecedor de los literatos*. Vico, en parte por mérito y en parte por protección, fue profesor de retórica en la universidad. Una vida simple y ordinaria desde 1668 a 1744. Vida académica, tranquila de erudito italiano, formado en las bibliotecas y ajeno al mundo, permaneció arraigado al suelo de su patria. El movimiento europeo le llegó a través de su biblioteca, y le resultó de la forma más anti-pática para sus estudios y para su genio. Le arribó adosado a la física de Gassendi, y luego a la física de Boyle, y después a la física de Descartes. Esa era la gran novedad, pensaba nuestro erudito; mas eso lo han dicho ya Epicuro y Lucrecio. Y para comprender a Gassendi se puso a estudiar a Lucrecio. Mas la novedad gusta. Física, la física quiere ser, según decía la nueva generación, máquinas; no lógica escolástica sino Euclides; experimentos, matemáticas; la metafísica hay que dejarla a los curas. ¿A dónde iba Vico con su erudición y con su derecho romano? Reaccionó, y buscó la física no con las máquinas y los experimentos, sino en sus estudios de erudito.

Las ciencias positivas apenas entraban en el gran cuadro de su cultura, y matemáticas sabía no más que las de Euclides, valorando *a las mentes universalizadas ya por la metafísica que no es fácil ese estudio propio de ingenios minuciosos*. Entonces buscó la física fuera de las matemáticas y fuera de las ciencias experimentales, la buscó entre los tesoros de su erudición, y la encontró en los números de Pitágoras, en los puntos de Zenón, en las divinas ideas de Platón, en la antigua sabiduría itálica. Europa tenía a Newton y a Leibniz; y en Nápoles se imprimía *De antiquissima* [345] *Italorum sapientia*. Eran dos culturas, dos mundos científicos que chocaban entre sí. De una parte estaba el pensamiento creador, que hacía la historia moderna; por otra, el pensamiento crítico que meditaba sobre la historia pasada. Encerrado en su erudición, separado en su biblioteca del mundo de los vivos, cuando Vico regresó a Nápoles halló una nueva causa de asombro. Toda la física que había dejado, la hallaba ahora toda metafísica. Las Meditaciones y el Método de Descartes habían producido la nueva manía. Vico se disgustó con una ciudad que cambiaba de opinión de un día a otro, *como moda de vestir*. Y se sintió extranjero, y allí permaneció por algún tiempo extraño y desconocido. Veía el movimiento a través de sus estudios y de sus prejuicios.

Aquellas físicas atomistas le parecía que solo conducían al ateísmo y a la moral del placer, y las acusaba de falso posicionamiento, porque el átomo, su principio, era un cuerpo ya formado, por lo que era principiado y no principio, así que estuvo buscando el principio más allá del átomo en los números y en los puntos. Soplaban en él el mismo espíritu de Bruno y de Campanella. Se sentía conciudadano de Pitágoras y discípulo de la antigua sabiduría itálica. En cuanto al método geométrico, refutaba su admisión como panacea universal; era bueno en ciertos casos, y podía usarse sin ese lujo de formas externas en las que se veía ambición, pretensión y charlatanería. El *Cogito* le pareció, de este modo, tan poco serio como el átomo. También era principiado y no principio; daba fenómenos, no daba la ciencia. Enjuició a Descartes como hombre muy ambicioso y también algo impostor, y su Método, donde anulando la ciencia con la varita mágica de su *Cogito* la hace reaparecer a continuación, le parecía un artificio retórico. Le escandalizaba aquel *De omnibus dubitandum* suyo. Esa tábula rasa de todo el pasado, ese desprecio por toda tradición, por cualquier autoridad, cualquier erudición, lo hería en sus estudios, en su creencia y en su vida intelectual, y se [346] defendía con vigor lo mismo que son defendidas del ladrón las cosas y

la vida. La difusión de la cultura, la multiplicidad de libros, esos métodos estrepitosamente abreviativos, aquella superficialidad de estudios con tanta audacia de juicios, fenómenos naturales de cada transición cuando un mundo desaparece y otro llega, impulsaban su enojo. Acostumbrado a los estudios severos y profundos, a pensar con los sabios y a escribir para los sabios, le molestaba esa tendencia a vulgarizar la ciencia, esa rápida propagación de ideas superficiales y malvadas. Y se enojaba con la prensa. Se vanagloriaba de no pertenecer secta alguna. Y ese era su punto débil. Colocado entre dos siglos, en aquel conflicto de dos mundos que se daban las últimas batallas, no estaba ni con unos ni con otros, y se lamentaba de ambos dos. Era demasiado adelantado para los peripatéticos, los jesuitas y los eruditos; y era demasiado atrasado para los otros. Éstos hallaban ridículos sus puntos metafísicos; aquellos hallaban avanzadas sus etimologías y sospechaban de su erudición. Era tan solo un partido independiente,² como se diría hoy, la razón serena y superior que advierte las lagunas, las contradicciones y las exageraciones, mas una razón aún desarmada, solitaria, sin seguidores, fuera de los intereses y de las pasiones, por tanto, apenas advertida y sin eficacia en el fervor de aquella lucha. Si tras el crítico hubiese estado el hombre con un poco del espíritu propagandista y apostólico de Bruno y de Campanella, habría sido víctima de los unos y de los otros. Pero era un filósofo inofensivo, todo cátedra, casa y estudio, y guerreaba contra los libros, respetuosísimo hacia los hombres. Además, sus obsesiones se quedaban en las altas regiones de la filosofía y de la erudición, donde pocos podían seguirlo, y lo dejaron vivir en las nubes, estimado por su doctrina, y venerado por su piedad y bondad. Consciente y descontento de su soledad, se obstinó, *bendiciendo no haber tenido maestro sobre cuyas palabras haber jurado, y agradeciendo aquellas selvas, entre las cuales,[347] guiado por su buen genio, había llevado a cabo al mayor curso de sus estudios*. El latín resultaba molesto, y él lo puso junto al griego y al toscano, y todo fue latín. Estaba de moda el francés, y no quiso aprender francés. La lectura tendía a lo nuevo, y él acusaba a esta lectura de no estar *ni animada por la sabiduría griega, ni vigorizada por la grandeza romana*. En la medicina era seguidor de Galeno y en contra de los modernos, *llegados a escépticos por las mismas mutacio-*

2. Un «terzo partito, come si direbbe oggi» (p. 346). Un “verso libre”. [N. del T.]

nes de los sistemas de la física. En Derecho recriminaba a los eruditos modernos, y permanecía con los antiguos intérpretes. Alababan la evidencia de las matemáticas, y él permanecía entre los misterios de la metafísica. Predicaban la razón individual, y él les oponía la tradición, la voz del género humano. Los hombres populares, los progresistas de aquel tiempo, eran Leonardo de Capua, Cornelio, Doria, Calopreso, que estaban con las ideas nuevas, con el espíritu del siglo. Él era un reaccionario, con una larga cola, como se diría hoy. La cultura europea y la cultura italiana se encontraban por primera vez, la una maestra y la otra sierva. Vico se resistía. ¿Era la vanidad del pedante? ¿Era fiereza de gran hombre? Se resistió a Descartes, Malebranche, Pascal, cuyos *Pensamientos* eran como *luces dispersas*, a Grocio, Puffendorf, Locke, cuyo *Ensayo* era *la metafísica del sentido*. Se resistía, pero los estudiaba más de lo que hicieron los novatores. Se resistió como quien siente su fuerza y no se deja abrumar. Aceptaba los problemas, combatía las soluciones, y las buscaba por sus vías con sus propios métodos y sus estudios. Era la resistencia de la cultura italiana, que no se dejaba absorber y que estaba anclada en su pasado, mas resistencia del genio que buscando en el pasado encontraba el mundo moderno. Era el retardado que mirando hacia atrás y yendo por su camino se halla al final en primera fila, delante de todos aquellos que lo precedían. Esta era la resistencia de Vico. Era un moderno que se sentía y se creía antiguo, y que resistiéndose al nuevo espíritu recibía a este dentro de sí. [348]

Bacon le había causado una gran impresión. Tras Platón y Tácito, era su hombre. Su libro *De augmentis scientiarum* le hizo decir: Roma y Grecia no han tenido un Bacon. Hallaba en él en conjunto el sentido ideal de Platón, el sentido práctico de Tácito, la sabiduría refleja de uno y la sabiduría vulgar del otro. Y a continuación, abría nuevos horizontes. Había estudiado mucho, pero su ciencia no era más que un libro cerrado, al que quedaba mucho que añadir y mucho por reformar. Él también quería aportar lo suyo *a la suma que constituye la república universal de las letras*. Ya no es un erudito inmovilizado en el pasado, sino un reformador, un investigador. Critica, duda, examina, profundiza. Siente el mordisco del nuevo espíritu. En sus estudios de la antigua sabiduría itálica ve ya el diseño de las *etimologías gramaticales*, el desprecio de la erudición vulgar; el hombre que intenta nuevas vías, que entrevé nuevos horizontes, busca entre los particulares las altas generalidades.

Más tarde le aconteció Grocio, que llegó a ser su *cuarto autor*. Grocio completa a Bacon. Ese vio que *todo el saber humano y divino tenía que suplirse en aquello que no tiene, y enmendarse en lo que tiene; pero en torno a las leyes no se alzó demasiado al universo de las ciudades ni a la visión de todos los tiempos, ni a la extensión de todas las naciones*. Grocio le ofrece un Derecho universal, en el que *ha sistematizado toda la filosofía y teología*. El comentador del derecho romano se siente elevado a filósofo. Con Grocio busca una filosofía del Derecho, y se hace su intérprete: más tarde refleja que es un herético, y lo deja estar.

La materia de su cultura es siempre aquella del derecho romano, la historia romana, la antigüedad. Su física es pitagórica, y su metafísica platónica, conciliada con su fe. Base de su filosofía es lo Ente, lo Uno, Dios. Todo viene de Dios, y todo torna a él, lo *unum simplicissimum* de Ficino. El hombre y la naturaleza son sus sombras, sus [349] fenómenos. La ciencia es conocer a Dios, *perderse uno mismo en Dios*. Y viene del Dios de Campanella, la eterna luz, el raciocinio eterno, con sus primordiales *nosse, velle, posse*. Hasta aquí Vico está en un lugar común. Su erudición y su filosofía caminan en línea paralela y no se encuentran. No hay ficción. Hay el asceta, el teólogo, el platónico, el erudito, hay el italiano de aquel tiempo en el estado ordinario de sus creencias y de su cultura.

Dentro de esta cultura y contra estas creencias va a atentar Descartes. La cultura no tiene valor: del pasado hay que hacer tábula rasa. Dadme materia y movimiento y yo haré el mundo. La verdad te la da la conciencia y el sentido. ¿Qué venía a ser la erudición de Vico, la física de Vico, la metafísica de Vico? ¿Qué llegaban a ser las divinas ideas de Platón?, ¿y el *simplicissimum* de Pitágoras?, ¿y el derecho romano, la historia, la tradición, la filología, la poesía, la retórica, no eran ya buenos para nada? En la violenta contradicción supo Vico hallar sus fuerzas. Salió de la vaguedad y de lo común, y encontró un terreno, un problema, un adversario. Su erudición se espiritualizaba. Su filosofía se concretaba. Y se completaban la una en la otra.

Ya no se pierde en los accesorios; ve y al momento ataca la adversaria doctrina desde su base. Quiere derribar a Descartes. Y con el mismo golpe derriba toda la nueva ciencia, y no yendo hacia atrás, sino andando hacia delante. Su refutación de Descartes es completa. Es la última palabra de la crítica. Mas su crítica no es solo negativa; es creadora; la negación se resuelve en una afirmación más amplia, que arrastra consigo, como fragmentos de

verdad, a las nuevas doctrinas, y las realoja y pone en su lugar. La nueva ciencia, la ciencia de los hombres nuevos, halla en la *Scienza nuova* su límite, y por tanto su verdad.

La nueva ciencia, salida de la lucha religiosa y política, está en estado de guerra contra el pasado, al que combate bajo todas sus formas. La tradición, la autoridad, la fe [350] es su enemigo, y busca refugio en la fuerza y en la independencia de la razón individual; los universales, los entes, las quiddidades le fastidian con la metafísica, y por ello busca su base en la psicología, en la conciencia; lo sobrenatural, el sobremundo, ofenden su intelecto adulto, y les opone el estudio directo de la naturaleza, la física en su sentido más general, las ciencias positivas; a la jerga escolástica se busca un antídoto en la precisión de las matemáticas, en el método geométrico; a los misterios, las cábalas, las ciencias ocultas, a las abstracciones opone la experiencia irradiada desde la observación, la percepción clara y distinta, la evidencia de la conciencia y del sentido; a la sociedad en el estado de corrupción opone el hombre íntegro y primitivo, la naturaleza del hombre, de la que recaba los principios de la moral y del derecho. Este es el espíritu de la nueva ciencia: naturalismo y humanismo, física y psicología: bajo la máscara de Platón porta Descartes la bandera.

Pero no engaña a Vico, que le arranca la máscara. Tú no eres más que un epicúreo. Tu física es atomista, tu metafísica es sensista; tu tratado sobre las Pasiones parece hecho más para médicos que para filósofos: sigue la moral del placer. Combatiendo a Descartes, la pregunta se extiende y alcanza en su esencia a todo el nuevo movimiento. También es una abstracción. Es una ideología empírica, idea vacía y vacío hecho: Lo importante no está en decir: yo pienso; ¡la gran novedad! Sino en explicar cómo el pensamiento lo hace. Lo importante no es observar el hecho, sino examinar cómo el hecho se hace. Lo verdadero no está en su inmovilidad sino en su devenir, en su *hacerse* [*farsi*]. La idea es verdadera capturada en su hacerse. El pensamiento es movimiento que va de un término a otro, es idea que se hace, se realiza como naturaleza, y retorna idea, se repiensa, se reconoce en el hecho. De ahí el *verum et certum*, o que verdadero y hecho son convertibles, en lo hecho vive lo verdadero; lo hecho es pensamiento, es ciencia; la historia es una ciencia, y como hay una lógica para el movimiento de las ideas, [351] hay también una lógica para el movimiento de los hechos, una *historia ideal eterna, sobre la que corren las historias de todas las naciones*.

He aquí requeridas tradición, autoridad y fe; aquí están filología, historia, poesía, mitología, y toda la tradición volviendo de nuevo al seno de la ciencia. La historia está hecha por el hombre, como las matemáticas, y por ello es ciencia no menos que las demás. Es el pensamiento el que hace aquello que piensa, es la *metafísica de la mente humana*, su *constancia*, su proceso de formación según las leyes fijas del pensamiento humano. Por eso su base no se encuentra en la conciencia individual, sino en la conciencia del género humano, en la razón universal. Los nuevos filósofos quieren rehacer el mundo mediante sus principios absolutos, con sus derechos universales. Mas no son los filósofos quienes hacen la historia, y el mundo no se rehace por medio de abstracciones. Para rehacer la sociedad no basta con condenarla, hace falta estudiarla y comprenderla. Esto es lo que hace la Ciencia nueva.

A Vico no le basta con sentar las bases; mete mano a la construcción. Si la historia tiene su constancia científica, si está hecha de pensamiento, ¿cómo se hace; cuál es su proceso de formación? Que la historia sea una ciencia no era cosa nueva en la filosofía italiana. A la historia formada desde el arbitrio divino y el azar, Maquiavelo había contrapuesto ya la fuerza de las cosas, el espíritu de la historia eterno e inmutable. El intelecto universal, de Bruno, y la razón que gobierna el mundo, de Campanella, también reingresan en la misma idea. Platón, con sus ideas divinas, le ofrecía ya el hilo a Vico. Lo importante era ejecutar el problema, cuyo dato estaba dado, era hallar las leyes de este espíritu de la historia, el *probar por causas*, el generar la historia como el hombre genera las matemáticas; el hacer la historia de la historia, tal era la realización de una ciencia nueva. En esta historia ideal él *descubre las guisas dentro de las modificaciones de nuestra misma mente humana*, busca la base en la naturaleza del hombre, doblemente como es espíritu y cuerpo. Es una [352] psicología aplicada a la historia. Establece algunos cánones psicológicos, que el llama *Dignidades* o principios. El concepto es el siguiente: que el hombre, en cuanto ser natural, obra por los instintos bajo la presión de sus necesidades, intereses y pasiones; pero que se hallen justamente así hace que se desarrolle como ser pensante, como Mente; es lo que en sus obras más groseras y corpulentas se da como una imagen velada, la impresión o presentimiento. Imagen que se va aclarando conforme *la mente se despliega más*, hasta que el pensamiento se manifiesta en su propia forma, obra como reflexión o filosofía. Este, que es el curso natural de la vida individual, es también el curso natural e historia de todas las naciones,

mientras que este no sea interrumpido o desviado por la violencia extrínseca, como en su florecimiento Numancia fue oprimida por los romanos. Por eso en las naciones hay tres edades: la divina, la heroica y la humana. Las precede el estado salvaje o de simple barbarie, donde el hombre es siervo del cuerpo, y va como una *fiera vagando por la gran selva de la tierra*. La libertad consiste en *poner freno a los movimientos de la concupiscencia, procedente del cuerpo, y darles otra dirección que viene de la mente y que es la propia del hombre*. Según se despliega la mente, o se hace más inteligente, se desarrolla la libertad y prevalece la razón o *la humanidad*. La primera edad razonable o sociable, la edad divina, surge con los matrimonios y la agricultura, cuando, *por los primeros rayos tras el diluvio universal*, los hombres *se humillaron ante una fuerza superior que imaginaron ser Júpiter, y todas las utilidades humanas y todas las ayudas a sus necesidades imaginaron ser Dioses*. Entonces, renunciando a la sensualidad errante, tuvieron mujeres ciertas, hijos ciertos, y ciertas moradas; surgieron las familias, gobernadas por los *Padres con ciclópeos imperios familiares*. A estos reinos *familiares*, que llegaron a ser *asilo* seguro contra los salvajes o errabundos, fueron a refugiarse los débiles y los oprimidos, los cuales fueron recibidos bajo *protección* en calidad de *clientes* o *fámulos*. De este modo se ampliaron los reinos [353] familiares, y se desplegaron las *repúblicas hercúleas* sobre órdenes *naturalmente* mejores por las virtudes *heroicas*: la *piedad* hacia las Divinidades; la *prudencia* o consejo por medio de los auspicios; la *templanza*, por la que con los divinos auspicios fueron humanos y púdicos los concubinos; la *fortaleza*, para matar fieras y domesticar terrenos; y la *magnanimidad*, para socorrer a los débiles y a aquellos en peligro. En estos primeros órdenes naturales comienza la libertad, y el primer desplegarse de la mente. Nace la corrupción. Los *padres* engrandecidos por la religión y las virtudes de sus mayores y por los esfuerzos de los clientes, degeneraron, se salieron del orden natural, que es el de la justicia, y *abusaron de las leyes de protección* y de *tutela*, tiranizaron a los clientes: de donde aconteció la rebelión de estos mismos. Entonces los padres de las familias, con sus pertenencias, se unieron en órdenes en contra de ellos, y para pacificarlos mediante la primera ley agraria les concedieron el dominio *bonitario*, quedándose los padres con el dominio óptimo o *soberano familiar*: de donde nacieron entonces las primeras *ciudades*, a partir de *órdenes errantes de nobles*, y el *orden civil*. Finalizaron los reinos divinos y comenzaron los heroicos. La religión

fue custodiada por los órdenes heroicos, y con ellos los auspicios y los matrimonios, por cuya religión todos los *derechos* y todas las *razones civiles* fueron *solamente de los héroes*. Pero con el *despliegue de las mentes humanas* las plebes intentaron ser de igual naturaleza que los nobles, y quisieron también entrar a formar parte de los órdenes civiles de las ciudades, a ser soberanos en las ciudades. Termina la edad heroica y comienza la edad humana, la edad de la igualdad, la *república popular* donde mandan los óptimos no por nacimiento sino por virtud. En este estado de la mente no les es ya necesario a los hombres realizar acciones virtuosas por *directrices religiosas*, puesto que la *filosofía* permite comprender las virtudes por medio de la *idea*; a fuerza de cuya *reflexión*, cuando también los hombres no poseen virtudes, al menos se avergüenzan de sus vicios. Nacen la filosofía y la elocuencia, hasta que la una es corrompida por los escépticos y la otra por los sofistas. Entonces, corrompiéndose los estados populares, llega [354] la anarquía, el desorden total, la peor de las tiranías, que es la libertad desenfrenada de los pueblos libres. Éstos, o caen bajo la servidumbre a un monarca, que rige en su mano todos los órdenes y todas las leyes mediante la fuerza de las armas, o se convierten en esclavos por *derecho natural de gentes*, al ser conquistados por las armas por otras naciones mejores, siendo de justicia que quien no sabe gobernarse por sí mismo se deje gobernar por otros que lo puedan, y que en el mundo gobiernen siempre los mejores; o que, abandonados a sí mismos en esa muchedumbre de cuerpos viviendo en soledad de almas y de voluntades, siguiendo cada uno su placer y capricho, mediante desesperadas guerras civiles convierten en selvas las ciudades y, de las ciudades, hacen cubiles de hombres; de modo que durante largos siglos de barbarie llegan a *oxidarse las malnacidas sutilezas de los ingenios maliciosos*. Con esta *barbarie de la reflexión* se retorna al estado salvaje, a la *barbarie del sentido*, y comienza de nuevo con el mismo orden una nueva historia, se repite el mismo curso.

Esta es la historia ideal eterna, la lógica de la historia aplicable a todas las historias particulares. En el fondo está la historia de la Mente en su desplegarse, como dice Vico, del estado del sentido, en que está como dispersa, al estado de reflexión, en el que se reconoce y afirma a sí misma. La operación con que el intelecto aprehende la verdad es la misma operación con que el intelecto hace la historia. Locke tenía su complemento en Vico. La teoría del conocimiento tenía su complemento con la teoría de la historia.

Era una nueva aplicación de la psicología. Los hombres operan según sus impulsos y fines particulares; pero *los resultados son superiores a sus propios fines*, son resultados mentales, el sucesivo progresar de la mente en su desplegarse. Por esto las pasiones, los intereses, los accidentes, los fines particulares no son la historia, sino las ocasiones y los instrumentos de la historia; y por ello es posible una ciencia de la historia. Maquiavelo y Hobbes pueden ofrecernos la historia ocasional, no la historia final y sustancial. La historia de ambos dos es verdadera, pero no íntegra; [355] es un fragmento de la verdad. La verdad está en la totalidad, en *ver cuncta ea quae in re insunt, ad rem sunt affecta*, la idea en la plenitud de su contenido y de sus pertenencias. Maquiavelo no es menos que Vico un profundo observador de los hechos psicológicos, es un retratista, pero no es un metafísico. La psicología de Vico entra ya en las regiones de la metafísica, ofrece las primeras líneas de la nueva metafísica, fundada no sobre la inmovilidad de lo Ente visto en sus atributos, sino sobre su movimiento o devenir. Por esa razón no comporta descripción o demostración, como ofrecían Aristóteles y Platón, sino verdadero drama, lo que ve es la historia del espíritu en el mundo. En este drama todo tiene su explicación, todo está *ubicado*, la guerra, la conquista, la revolución, la tiranía, el error, la pasión, el mal, el dolor, hechos necesarios e instrumentos del progreso. Cada edad histórica tiene su manera de nacer y de vivir, posee su naturaleza, de donde procede la fuerza de las cosas, la sabiduría vulgar del género humano, el sentido común de las gentes, la fuerza colectiva. No el individuo, sino esta fuerza colectiva es la que hace la historia. Y a menudo los individuos más afamados no son más que símbolos e imágenes, *caracteres poéticos* de esa fuerza; como Zoroastro, Hércules, Homero, Solón. Busque un individuo, y halle un pueblo; indague un hecho, y encuentre una idea. El hacedor de la historia no es otro que *el arbitrio humano regulado con la sabiduría vulgar*.

Quedaba por dar la demostración de esta historia ideal, esto es, demostrar que todas las historias particulares son según esa, reguladas por un mismo curso de ideas y obedientes a un solo tipo. La prueba podía buscarla *a priori* en la lógica misma del espíritu en su despliegue. El espíritu se manifiesta de conformidad con su naturaleza, que es su lógica, la ley de su devenir, y ese devenir es, precisamente, la historia. Pero Vico, apenas bosquejadas las primeras líneas de la nueva metafísica, se detiene en la puerta y retorna a la erudición, a buscar la prueba *a posteriori*, consultando [356] todas las histo-

rias y rastreando en todas su curso, buscando su sistema y no solo en las grandes líneas sino también en los mínimos accidentes. Una titánica empresa de erudición y crítica italiana. Así, se sumerge entre *los escombros de la antigüedad*, y recoge hasta los mínimos fragmentos para animarlos: *intus legit*, les da entera corporeidad, y reconstruye la historia real a imagen de su historia ideal. Es el mundo visto desde un nuevo horizonte, recreado por la crítica y por la filosofía, y con su originalidad esculpida en esa potente forma, lapidaria y metafórica, como una ley de las doce tablas. Busca entre los escombros la prueba de la ciencia nueva, y por el camino descubre nuevas ciencias. Lengua, mitología, poesía, jurisprudencia, religiones, cultos, artes, costumbres, industrias, comercio, no son hechos arbitrarios, son hechos del espíritu, las ciencias de su ciencia. Cronología, geografía, física, cosmografía, astronomía, todo se renueva bajo esta nueva crítica. A cada paso se siente el grito triunfal del gran creador: ¡He aquí un nuevo descubrimiento! A la metafísica de la mente humana, filosofía de la humanidad o de las ideas humanas, donde surge una jurisprudencia, una moral y una política del género humano, corresponde la lógica, *fas gentium*, una ciencia de la expresión de esas ideas, la filología. He aquí, entonces, una ciencia de las lenguas y de los mitos y de las formas poéticas, una lengua del género humano, una teoría de la expresión en los mitos, en los veros, en el canto y en las artes. Y como teoría y ciencia no es más que la naturaleza de las cosas, y la naturaleza de las cosas está en las *maneras de sus nacimientos*; el hombre atrevido, que desempolva el espíritu de cada idea anticipada y confiado solo en su entendimiento, se adentra en los orígenes de la humanidad, desfigurada por la doble vanidad de las naciones y de los doctos, y entonces tú asistes a la primera formación de las sociedades, de los gobiernos, las leyes, las costumbres, las lenguas, y ves nacer la historia dentro de la mente humana y desplegarse lógicamente desde sus elementos o principios, que son la *religión*, los *matrimonios* y las *sepulturas*; y la ves desplegarse bajo todas sus formas, como [357] gobierno, como ley, como costumbre, como religión, como arte, como ciencia, como hecho, como palabra. Pone su erudición al servicio de infinitos materiales, que interpreta, explica, coloca, dispone, según las necesidades de su construcción, audaz en las etimologías, agudo en las interpretaciones y en las comparaciones, extremadamente seguro en sus procedimientos y en sus conclusiones, y con el aire de quien descubre a cada trecho nuevos mundos, teniendo bajo los pies las tradiciones y las historias

vulgares. Así es como ha nacido esta primera historia de la humanidad, una especie de Divina Comedia, que desde la gran selva de la tierra por el infierno de la pura sensibilidad se va realizando hasta la edad humana de la reflexión o de la filosofía, plagada de formas, de mitos, de etimologías, de símbolos, de alegorías y, no menos grande que aquella, preñada de presentimientos, de adivinaciones, de ideas científicas, de verdades y descubrimientos, obras de una fantasía concitada por el ingenio filosófico y fortificada por la erudición, que tiene todo el aire de una gran revelación.

Es la Divina Comedia de la ciencia, la vasta síntesis que reasume el pasado y abre el porvenir, otra vez preñada de viejas trizas dominadas por un nuevo espíritu. Platónico y cristiano, continuador de Ficino y de Pico, de un espíritu con Torcuato Tasso, Vico no comprende la Reforma, ni los nuevos tiempos, y quiere hacer concordar su filosofía con la teología, y su erudición con la filosofía, constituir una armonía social como una especie de armonía providencial. Su Metafísica tiene bajo los pies el globo terráqueo, y los estáticos ojos del lado del ojo de la Providencia, de donde le llueven los rayos de las divinas ideas. Quiere la razón, pero quiere también la autoridad, y no ciertamente la de los adoctrinados sino la del género humano; quiere la fe y la tradición; y en realidad fe y tradición no son más que esa misma razón, sabiduría vulgar. Tal era el hombre formado en la biblioteca de un convento, pero al que, una vez entrado en el mundo de los vivos, el nuevo espíritu le alcanza; y combatiendo a Descartes, sufre [358] la influencia de Descartes. Era imposible que un hombre de ingenio no se sintiese transformado con el contacto del ingenio. Con vistas a la construcción de su ciencia, se asoma al *De omnibus dubitandum* y al *Cogito*. «Al meditar los principios de esta ciencia debemos reducirnos a un estado de suma ignorancia acerca de toda la humana y divina erudición, como si para esta investigación no hubiesen existido jamás para nosotros ni los filósofos ni los filólogos, para que no sea turbado y distraído el ánimo con las comunes viejas anticipaciones.» Áureas palabras que parecen sacadas de una página del Método. Y en esta ignorancia cartesiana ¿cuál es la *única verdad*, que entre tantas dudas no se puede poner en duda y es por ello la *primera de tal ciencia*? Es el *cogito*, es la mente humana. «Porque el mundo de las naciones gentiles ha sido hecho por los hombres, y sus principios se deben hallar dentro de la naturaleza de nuestra mente humana y en la fuerza de nuestro entender.» La Providencia y la Metafísica que se refleja en ella son, en el

cuadro,³ un simple antecedente o, como él dice, una anticipación, una convención y no demostrada; el cuadro representa la mente humana en la naturaleza y en el orden de su explicación, la mente humana de las naciones, la historia de las ideas humanas. La Providencia regula el mundo, asistiendo con su gracia al libre albedrío y sobrepasando en sus resultados los fines particulares de los hombres; pero estos resultados providenciales no son un milagro sino ciencia humana, son el esclarecimiento de las ideas, el *explicarse de la mente*. Al igual que Bruno, Vico canta sobre la Providencia pero narra sobre el hombre; ya no es teología sino psicología. Providencia y Metafísica están alejadas, como sol o cielo, al fondo del cuadro; y el cuadro es el hombre, y su luz, su ciencia está en él mismo, en su mente. La base de esta ciencia es moderna, está en Descartes con su escepticismo y con su *cogito*. Bien que algunas veces, empujado por su alto ingenio especulativo, alza el vuelo hacia la teología y la metafísica, pero Descartes está ahí para [359] llamarlo y mantenerlo aferrado a los hechos psicológicos. En el estudio del proceso de la mente en los individuos y en los pueblos les hace observaciones tan profundas y tan justas en conjunto, que bien se siente al contemporáneo de Malebranche, de Pascal, de Locke, de Leibniz, el más afín a su espíritu y a quien él llama el primer ingenio del siglo. No solamente es moderno en la base, sino también en las conclusiones, mostrando victoriosos en el último desplegarse de la mente los principios de los nuevos filósofos. Porque la corona de su época histórica es la espiritualización de las formas, el triunfo de la filosofía, o de la mente en su *reflexión*, el final de la aristocracia y por ello de los feudos y de la servidumbre, la libertad y la igualdad de todas las clases, como estado de las sociedades *moderadas*⁴ y *humanas*, y como resultado último de la cultura. Es la teocracia y la aristocracia conquistadas por la democracia según el natural despliegue de la mente, y es la afirmación y la glorificación del nuevo espíritu. Pero aquí Vico se separa de ello y se queda solo en medio de su siglo; situado entre el mundo de su biblioteca, bíblico-teológico-platónico, y el mundo natural de Descartes y de Grocio, dos absolutos e impenetrables como dos sólidos, pero que se comunicaban uno con otro a la busca de la conciliación en un mundo superior, la idea

3. Referencia, como es sabido, al grabado o “dipittura” del frontispicio inserto al inicio de la *Scienza nuova* de 1744. [N. del T.]

4. «*ingentilite*». [N. del T.]

movilizada o histórica, y en una ciencia superior, la crítica, la idea analizada y justificada en ciertos momentos de su existencia, la ciencia brotada de la absolutez y rigidez de su dogmatismo y movilizada como su contenido. La crítica consiste en rehacer por medio de la reflexión aquello que la mente ha hecho con su espontaneidad. Es la mente *desplegada y esclarecida*, que se refleja en su obra y se encuentra a sí misma en su identidad y en su continuidad; es la conciencia de la humanidad. En este mundo superior todo se mueve y todo se reconcilia y se justifica; los principios, que los nuevos filósofos predicaban absolutos y por ello aplicables en todo tiempo y lugar, y con los cuales condenaban todo el pasado, se refieren a estados sociales de ciertas épocas y de [360] ciertos lugares, y los principios contrarios, solo porque en ciertos tiempos han gobernado el mundo y han sido *comportables*, son verdaderos también, como anticipaciones y vestigios de los principios nuevos. Por ello el criterio de verdad no es la idea en sí, sino la idea como se hace o se manifiesta en la historia de la mente, el sentido común del género humano, aquello llamado por él la filosofía de la autoridad. Aquí Vico tuvo en su contra a Platón y a Grocio, el pasado y el presente. La enfermedad del siglo era, precisamente, la condena del pasado en nombre de los principios abstractos, como el pasado condenaba él también en nombre de otros principios abstractos. Vico era como quien vive solitario en su gabinete, baja de pronto a la plaza y ve agitados a los hombres, con los puños apretados, preparados para empezar a pelear. Aquellos hombres habrían de parecerle locos de atar. «¿A qué tanto furor contra el pasado? El cual, justo porque ha sido, ha tenido su razón de ser. Y suponiendo que todo sea malo, ¿crees que puedes destruir por la fuerza la obra de muchos siglos? ¡Vuestros principios! ¿Pero de verdad creéis que la historia se hace a partir de los filósofos y con principios? ¡Vuestra razón! Pero también está la razón de los otros, hombres como vosotros y que saben también razonar a la par vuestra. Y desde luego, un poco de respeto, creo yo, se debe también a la autoridad; y no hablo de tantos doctores, en los que no tenéis fe, sino que hablo del género humano, al que, si hombres sois, no podréis negarle fe. Un poco menos de razón y un poco más de sentido común.» Un discurso semejante les habría parecido extraño a aquellos hombres llenos de odio y de fe. Y alguno podría responderle: [«]Vete allí y quédate en tus nubes, no bajas entre los hombres porque no los entiendes. El pasado lo has estudiado en los libros, es tu erudición. Pero para nosotros el pasado es cosa real, del que sentimos los pinchazos a

nuestro paso. El fuego nos quema, y tú quieres probar que, porque es, tiene su razón de ser. Deja primero que lo apaguemos y luego habla de su naturaleza. Cuando [361] nos hayamos quitado de encima este pasado, nuestro martirio y el de nuestros padres, quizás entonces podremos ser justos nosotros también y disfrutar de tu crítica.» En el siglo batallador, Vico se quedó solo. Y cuando la lucha llegó a su fin, se alzó sobre los combatientes su imagen como un arcoíris de paz, comunicando la palabra del nuevo siglo: *Crítica*. No otra cosa es la historia de Vico que una crítica de la humanidad, la idea viviente hecha historia, y seguida en su eterna peregrinación, comprendida y justificada en cada momento de su vida. Los principios, como los individuos y como las sociedades, nacen, crecen y mueren; o justamente porque nada muere: se transforman, tomando siempre formas más razonables, más conformes a la mente, más ideales. De ahí la necesidad del progreso, ínsita en la naturaleza misma de la mente, su fatalidad. La teoría del progreso es para Vico como la tierra prometida. La ve, la formula, establece su base, traza su camino, diríase que lo indica con el dedo, y cuando no le queda más que un paso para alcanzarlo, se le escapa delante de él, que se queda encerrado en su círculo sin saber salir del mismo. Puso las premisas pero se le escapó la consecuencia. Siendo un profundo conocedor del mundo grecorromano, él no supo explicar el medievo y no comprendió su época, pareciéndole indicios de decadencia y de disolución aquella vasta agitación religiosa y política en que estaba la crisis y la salud. Por otra parte, él, que negaba la existencia de Homero, no osó anteponer a su crítica el mito de Adán ni las tradiciones bíblicas ni el dogma de la Providencia ni la misión del cristianismo, dejando grandes sombras en sus pinturas. Ve a la conciencia moderna reluciendo en el mundo pagano, atrevida con sus negaciones y audaz en sus explicaciones, pero cuando está a punto de entrar en el mundo inquieto y apasionado de los vivos entonces cierra los ojos para no ver. Aquello que es propio de los grandes pensadores, abrir grandes vías, establecer grandes premisas y dejar a los [362] discípulos las fáciles consecuencias. Como Descartes, Vico no adivinó los formidables efectos que saldrían de sus especulaciones. Descartes habría renegado de sus Spinoza y Locke, y Vico de Condorcet, Herder y Hegel. Puesto que se ocupaba más de los antiguos que de los modernos, más de los muertos que de los vivos, éstos lo olvidaron. Su Ciencia parecía más una curiosa rareza de erudito, que una profunda meditación de filósofo, por lo que no fue tomado en serio.

Entretanto el siglo caminaba con paso cada vez más acelerado, arrastrando las consecuencias de las premisas propuestas en el siglo diecisiete. La ciencia se hacía práctica, y descendía en medio de la gente. Ya no se investigaba, sino que se aplicaba y se divulgaba. La forma salida de la calma científica se convertía en literaria; y las lenguas vulgares expulsaban del camino los últimos avances en latín. El tratado y las disertaciones se convirtieron en memorias, cartas, compilaciones, artículos, diálogos, anécdotas; las formas escolásticas y las formas geométricas daban lugar al discurso natural, imitador del lenguaje hablado. La ciencia tomó el aire de la conversación, también entre los escritores más solemnes, como Buffon y Montesquieu, conversaciones de hombres cultos habidas en elegantes salones. Para decirlo con Vico, la sabiduría refleja se convertía en sabiduría vulgar, y al descender a la vida tomaba las pasiones y los hábitos de la vida, ora amable y espiritual, como en Fontenelle, ora límpida, fluida y fácil, como en Condillac y en Helvecio, ora retórica y sentimental, como en Diderot. El derecho natural de Grocio generó el *Contrato social*, la sociedad fue condenada en nombre de la naturaleza, y la erudita disertación de Grocio rugía en la forma ardiente y apasionada de Rousseau. El escepticismo algo impaciente de Bayle, velado entre tantas cautelas oratorias, se abrió a la franca y gozosa malicia de Voltaire. La erudición y la demostración arrojaron sus pesadas armas y llegaron a un amable sentido común. La ciencia se hacía literatura, mientras que la literatura a su vez no era ya serena contemplación sino [363] un arma apuntada contra el pasado. Tragedias, comedias, novelas, historias, diálogos, todo era pensamiento militante que desde las altas cimas de la especulación descendía a la plaza entre los hombres, y se propagaba a todas las clases sociales y se aplicaba a todas las cuestiones. Sus formas, la filosofía, el arte, la crítica, la filología, eran máquinas de guerra, y la máquina más formidable fue la enciclopedia. Condorcet proclamaba el progreso. Diderot proclamaba el ideal. Helvecio, la naturaleza. Rousseau, los derechos del hombre. Voltaire proclamaba el reino del sentido común. Vattel el derecho de resistencia. Smith glorificaba el libre trabajo. Blackstone⁵ revelaba la Carta Magna a los ingleses, y Francklin anunciaba a Europa la nueva Carta. La sociedad parecía un caos a la que la filosofía debía de llevar el orden y la luz.

5. «Blackstone», errata en el original. Se refiere, obviamente, a William Blackstone. [N. del T.]

Una nueva conciencia tomaba forma entre los hombres, una nueva fe. Reformar según la ciencia instituciones, gobiernos, leyes y costumbres, era el ideal de todos, era la misión de la filosofía. Los filósofos adquirieron la misma importancia que tuvieron en el siglo dieciocho los literatos. Mayor aún fue la fe en este futuro filosófico y más viva la pasión contra el presente. Todo estaba mal, el mal había sido todo obra maliciosa de curas y de reyes por la ignorancia de los pueblos. Superstición, prejuicio, opresión eran palabras que, ante las multitudes, resumían todo el pasado. Libertad, igualdad, fraternidad humana eran el Verbo que resumía el porvenir. Todo el movimiento científico del siglo decimosexto en adelante adquiere la sencillez de un catecismo. La revolución estaba gestándose.

¿Qué era la revolución? Era la Renovación que se deshizo de toda la envoltura clásica y teológica y adquiría conciencia de sí, se sentía un tiempo moderno. Era el libre pensamiento que se rebelaba contra la teología. Era la naturaleza que se rebelaba contra las fuerzas ocultas, y buscaba en los hechos su asentamiento. Era el hombre que buscaba en su naturaleza [364] sus derechos y su futuro. Era una nueva fuerza, el pueblo, que surgía sobre las ruinas del pueblo y del imperio. Era una nueva clase, la burguesía, que sobre las ruinas del clero y de la aristocracia buscaba su puesto en la sociedad. Era la nueva Carta, sin procedencia de concesiones divinas o humanas, sino encontrada por el hombre en el fondo de su conciencia y proclamada en aquella inmortal Declaración de derechos del hombre. Era la libertad de pensamiento, de palabra, de propiedad y de trabajo, la igualdad de derechos y de deberes. Era el final de los tiempos divinos y heroicos y feudales, y la revelación de aquella edad humana tan admirablemente descrita por Vico. La edad media había terminado; comenzaba la edad moderna.

Traducción del italiano por José Manuel Sevilla Fernández, 2020

